



El joven León Pérez, primera de las víctimas de nuestras trágicas riadas y la única de la del 16 de Junio de aquel fatídico año

Ahora que se aleja para siempre el peligro del río...

LAS INUNDACIONES DE JUNIO Y OCTUBRE DE 1933

Las víctimas. - Escenas de dolor y heroísmo. - Los asilados, sitiados por las aguas. - Ayudas, donativos y consuelos. - Actuación del Comité de Defensa. - Algunas cifras sobre los daños

Han sido 23 años de continua pesadilla. En cuanto el cielo se encapotaba y caían cuatro gotas, los renterianos nos echábamos a temblar, temiendo pudieran repetirse las trágicas jornadas de 1933, de las que nuestro laborioso y sufrido pueblo guardará en lo más íntimo de su alma un recuerdo imprecadero.

Antes y después de ese año 1933, en Rentería ha llovido, como es natural, y el Oyarzun, embravecido circunstancialmente, nos ha dado soberanos sustos. Esto de vivir a las orillas de un río — un río como el nuestro — también tiene sus quebras.

Sin remontarnos más allá del medio siglo aproximadamente, podemos recordar seis fechas



La calle de la Magdalena durante la inundación en Octubre

Foto Schneidhofer

principales anteriores a 1933: 10 de Junio de 1895, en que las aguas, en una casa de la calle de Viteri, alcanzaron una altura de 0,65 metros. 10 de Abril de 1915: altura máxima de la riada, 1,03 metros. 8 de Septiembre de 1917: 0,38 metros. 27 de Agosto de 1932: 0,70 metros. 16 de Junio de 1933: 3,15 metros. 23 de Octubre del mismo año: 3,65 metros.

De todos los sustos posteriores, es justo hacer especialísima mención del que padeció Rentería en Octubre de 1953, participando de la tragedia colectiva — verdadera hecatombe — de que fueron víctimas varios pueblos de la provincia, Tolosa entre ellos. Como un resumen expresivamente elocuente de la magnitud de aquella desgracia, el semanario gráfico NORTE, que entonces se publicaba en San Sebastián, dedicó a las inundaciones de aquellos días en Guipúzcoa dos números verdaderamente extraordinarios, que muchos conservamos como un tristísimo recuerdo. Por suerte para los renterianos, la villa no volverá a sentirse inquieta por el fantasma de las riadas. La labor de dragado del Oyarzun que actualmente se está llevando a cabo de forma intensiva y decidida, como un complemento definitivo e imprescindible de otras obras anteriores, nos pone — ahora parece que de veras y para siempre — a cubierto de posibles riesgos derivados de la proximidad del río y de las lluvias torrenciales.

Pero volvamos a las luctuosas jornadas de 1933, que eran el objetivo concreto del presente reportaje. Si bien las inundaciones fueron tres, las trágicamente memorables son las dos primeras. Acaeció la primera el 16 de junio. La primera que, realmente, fueron dos en el mismo día, hacia las cuatro de la madrugada y hacia las doce. Ambas igualmente desdichadas. El pueblo dormía bien ajeno a la catástrofe que le acechaba. Las tiendas y las viviendas padecieron hondamente las consecuencias. Las camas de las habitaciones bajas comenzaron a "nave-



Proceso Garayalde Goñi, conductor de uno de los tranvías bloqueados por el agua. Foto Figurski

gar"... De no haber despertado a tiempo, muchos queridos convecinos hubiesen perecido. Fueron momentos de terrible confusión. Desprevenido todo el mundo, improvisáronse las más elementales medidas de salvamento con la natural angustia.

Pero, en medio de la terrible desgracia, fue providencial que la lluvia cediese poco después. Y las aguas descendieron. Sin embargo, hacia las once, arreció, de nuevo, la lluvia. Y lloviendo a mares, como si se hubiesen roto las compuertas celestes, estuvo más de una hora. Como que para las doce se había reproducido la inundación.

Jamás, a lo largo de su historia, vió su suelo la Villa de tal modo invadido por las aguas. Nunca se había registrado en Rentería inundación como aquella de la madrugada del 16 de Junio de 1933. Y llegóse a pensar que no pudiera ser superada. Pero lo fue y bien pronto: por la de las doce del mismo día. Aunque las dos quedaron obscurecidas por

la del 23 de Octubre del mismo año, cuyo nivel superó, todavía, en unos 50 centímetros, el de la mayor de las del 16 de Junio.

El punto álgido de la inundación de Octubre coincidió con la una y media de la tarde, después de haber estado toda la mañana diluviando.

Los destrozos que en toda la Villa causaron las aguas fueron enormes. Los daños se calcularon en varios millones. Y también hubo que llorar varias desgracias irreparables. En la inundación del 16 de Junio fue arrastrado por la corriente el joven de 21 años León Pérez, hijo de un comerciante de la localidad. Según se refirió entonces, parece que trató de dar alcance a unas gallinas que se llevaba la corriente y avanzó excesivamente, colocándose en el radio de acción de un remolino próximo a un sumidero, tragado por el cual desapareció el desgraciado joven. Esta fue la primera víctima de aquellas inundaciones de 1933 y la única de la de Junio.

En la de Octubre perecieron dos mujeres: María Loyola, viuda de Ceberio, y María Sasizán, viuda de Forcada, que viajaban en un tranvía que estaba de salir de Rentería ante el cariz que presentaban las cosas... Llovía a mares. El temporal había roto el cable. El convoy hubo de ser remolcado con unas sogas, y unos "casheros" ayudaron a esta labor. Pero... las sogas se rompieron. La expedición tranviaria fue ordenada de este modo: delante, el remolque; el motor, detrás. En los minutos transcurridos con todo ello, el nivel del agua subió lo menos 10 centímetros. José Manzanos, cobrador del tranvía cuya odisea referiremos después - vió venir en sentido contrario él iba en el remolque al llegar a la altura del kiosco de la Alameda, a una camioneta que, en un almacén próximo, procedería a cargar sacos de harina. Barruntando lo que ocurriría, tocó los timbres para que el tranvía parase; los frenos no respondieron. a causa de la humedad y el choque fue inevitable. El tranvía quedó empotrado en la camioneta. Los ocupantes de ésta reprocharon a los jefes



La inundación sorprendió a estos tranvías frente a la Alameda el 23 de Octubre. En ellos viajaban las dos mujeres que perecieron y los dos empleados de la Compañía, Manzanos y Garayalde.

de la expedición del tranvía la culpabilidad del accidente; éstos les rogaron reparasen en la circunstancia de que el convoy iba al revés y en las razones de ello.

A todo esto, el agua - que de los montes vecinos bajaba en cantidades enormes - había invadido ya la carretera. Y lo primero que se pensó, acatando la irreparable realidad de los hechos, fue salvar a las quince o veinte personas que viajaban en el tranvía. Los varones, aunque con bastante peligro algunos, pronto pusieron a salvo. No así las mujeres. Entre éstas viajaban las dos mujeres mencionadas, vecinas ambas de Rentería. La de más edad parece que iba sola. La otra, de unos 45 años, viajaba con varios niños, hijos suyos: huían de la riada, porque con la del 16 de Junio lo habían pasado bastante mal. Los chicos lograron también colocarse en lugar seguro. Ellas, no.

Uno de los viajeros del remolque, D. Augusto Alonso Berrueta, se quedó con las dos mujeres, negándose a salir, pues pensaba que habría más seguridad dentro que fuera del coche.

La inundación iba creciendo. El agua, cuyo nivel llegaba ya a la cintura de una persona de talla mediana, hacía rato ya que había invadido los coches. Se hacía preciso escapar. Pero... ¿a dónde? De momento, la única solución era el techo de los coches. Dicho y hecho: en él se colocaron el señor Alonso Berrueta, José Manzanos y María Loyola. La otra, más pesada y torpe, no pudo, pereciendo al poco rato.

El agua comenzó a zarandear el remolque, que era donde aquéllos estaban refugiados: parecía enteramente un barco en día de tempestad... Los vaivenes y los golpes eran formidables, corriendo riesgo inminente de salir despedidos de un momento a otro. Se imponía una solución heroica. Optaron por encaramarse en el árbol que más a mano



José Manzanos, cobrador de uno de los tranvías de San Sebastián, a quien la corriente arrastró desde Rentería hasta Pasajes de San Juan, en la inundación de Octubre de 1933.

tenía. Durante largo rato hubieron de estar haciendo desesperados esfuerzos, con pies y manos, para sujetar al remolque, a fin de evitar que en uno de aquellos golpes, juguetes de las olas, derribasen los árboles...

En esto, la corriente arrastró remolque y motor. La viuda de Ceberio, con mucha entereza, se subió a un árbol de la "Alameda pequeña", donde heroicamente permaneció varias horas. Las impetuosas aguas fueron abatiendo, poco a poco, el árbol, inclinándolo, inclinándolo... hasta que lo arrancaron de cuajo, llevándose a gran velocidad y desapareciendo... Y con él, la desgraciada señora.

El cobrador del tranvía aquel cuyo motor era el número 1, vivió una terrible odisea que hemos prometido relatar. Pues bien: después de mil peripecias que soslayó como Dios le dió a entender, fué arrastrado, fuertemente asido, a un grueso cilindro de madera de los muchos que traía la corriente, desde la misma Alameda renteriana hasta Pasajes de San Juan, donde fue salvado por Teodoro Macazaga, ayudante del práctico del puerto. El protagonista de esta angustiosa aventura José Manzanos, natural de un pueblo de Salamanca, casado y con una hijita de siete meses - salió de ella con la fractura del húmero izquierdo, de la que tardó en curar siete meses, atendido por el Doctor Nafría. ¡Ah! También se le perdió la gorra; pero el dinero de la cobranza del tranvía, que él conservó en la cartera, estaba intacto.

También Proceso Garayalde Goñi, navarro, natural de un pueblecito próximo a Estella y conductor de otro de los tranvías maltratados por la riada, hubo de permanecer más de ocho horas encaramado en uno de los postes que sujetaban los cables del tranvía; y gracias a su serenidad y fortaleza—pues al término de su aventura se había quedado sin pantalones y tenía los muslos en carne viva—pudo salvarse, esperando a que las aguas descendieran.

El Sr. Berrueta, igualmente afianzado en otro árbol, aguantó también varias horas, consiguiendo salvar la vida de este modo.

Desde sus balcones, los vecinos de las casas próximas de ambos márgenes del río presenciaron, poseídos de la natural angustia y prodigándoles constantes palabras de consuelo y aliento, los amargos instantes que pasaron, tanto el mencionado viajero como los tranviarios Manzanos y



Aspecto desolador que, apenas bajaron las aguas, ofrecía la Alameda renteriana, en Octubre de 1933. (Foto Schneidhofer.)

Garayalde desde que fueron despedidos de los volcados tranvías hasta que cada uno quedó en brazos de la respectiva suerte... Así como la trágica muerte de las dos mujeres.

En 1935—5 de Mayo—hacia las cuatro y media de la mañana, se produjo otra inundación. Por fortuna, el pueblo, previendo una tercera edición de los descalabros de dos años antes, se dió cuenta de la proximidad del peligro y pudo ponerse en guardia contra él. Además, la inundación no llegó, ni con mucho, a revestir las proporciones de las anteriores.

Con motivo de estas lamentables jornadas, registráronse incontables episodios de heroísmo, de abnegación, de elogiabile confraternidad ciudadana. Lo que Rentería pasó, sólo Rentería lo sabe. Cuando todavía recuerdan los renterianos, al cabo de 23 años de "aquello", las angustiosas horas vividas entonces, sus ojos se humedecen. Sus sufrimientos, sus privaciones, sus zozobras... Varios días sin luz, sin agua, sin pan... Y no pueden evocarlos sin que el agradecimiento llegue a sus labios, el generoso comportamiento de los obreros municipales y de la tropa de Ingenieros y Artillería de la guarnición donostiarra durante aquellas luctuosas jornadas.

Entre los más amargos episodios, debe referirse el relativo a los pobres asilados, sitiados por las aguas. Con sin par entereza resistieron horas y horas arrinconados en la Casa de Beneficencia; siempre, bajo la amenaza de una muerte horrible.

De todas partes—y Rentería guardará en su corazón eternamente un profundo sentimiento de gratitud para tanto beneficio—llovieron ayudas, donativos y consuelos, que contribuyeron a sobre-

llevar con menos dolor el peso agobiante de su desventura.

Uno de los más estimables donativos en metálico fue el de los hermanos Gaiztarro (D. Candelario y D. Fausto), que contribuyeron con diez mil pesetas a la suscripción pro-damnificados de la Villa.

El Obispo de la Diócesis de Vitoria, a la que entonces pertenecía nuestra Provincia, D. Mateo Múgica, que visitó Rentería, apreciando de cerca la magnitud de la catástrofe, hizo donación de 50.000 pesetas.

La Casa "IBIS", de Madrid, proveedora de sueros y vacunas, donó 1000 dosis de vacuna antitífica por vía bucal, en previsión de que se produjera alguna epidemia, que Dios quiso no se produjese.

Constituyóse un Comité de Defensa de Rentería, que actuó diligentemente desde el 16 de Noviembre hasta el 12 de Diciembre de 1933.

Y en fin... Cerraremos este breve reportaje con unas cifras acerca de los daños ocasionados por las inundaciones de aquel año:

	PESETAS		PESETAS
Papelera Española	1.521.863,40	Fabril Lanera	1.055.693,78
Esmaltería Guipuzcoana	329.434,11	Real Compañía Asturiana.	2.354,52
La Ibérica	184.838,10	Pequeñas industrias.	1.200.500,43
D. José Orueta	102.453,16	Comercios en general	1.636.769,35
Papelera Oarso	291.011,57	Viviendas	125.814,30
Sociedad Tejidos de Lino	563.396,75	Campo y pecuaria	148.371,95
Niessen	244.818,66	Propiedad urbana	224.517,29

Partidas que, unidas a otras que omitimos en aras de la brevedad, llegan a sumar **8.030.089,62**; de las que corresponden a la inundación de Junio **4.041.601,57**, y **3.988.488,05**, a la de Octubre.

LUCIO ULIA.

IMPRENTA ARBE
 PLAZA VITERI, 2 - TELEFONO 12-8-25
 ◆ SAN SEBASTIAN ◆

FOTOGRAFADOS
ZUMALABE
 HNOS. ITURRINO, 6 - TELEFONO 20-3-52
 SAN SEBASTIAN

Bar JULIAN

◆ Saluda al pueblo renteriano ◆

CARQUIZANO, 7 SAN SEBASTIAN TELEFONO 18-6-13